

ELLOS Y NOSOTROS. REFLEXIONES SOBRE IDENTIDAD LATINOAMERICANA A PARTIR DEL VIAJE DE ALEXANDER VON HUMBOLDT A LA AMÉRICA ESPAÑOLA

Paula Caffarena Barcenilla*

RESUMEN

El viaje de Alexander Von Humboldt a la América española nos permite una reflexión sobre identidad latinoamericana a partir de la categoría del otro. Los escritos de Humboldt articulan una noción de espacio que está constituida tanto por la relación entre población y territorio, como por la mirada que sus habitantes y otros viajeros tenían de él. Los mecanismos de diferenciación permiten reflexionar sobre el problema de lo universal frente a lo particular y de lo semejante frente a lo diferente. De este modo, América se va insertando en los escenarios globales desde nociones estructuradas a partir de la oposición, influyendo en la delimitación de rasgos identitarios para América y Europa.

Palabras clave: Humboldt, identidad, viaje, territorio, población, otredad.

THEM AND US: WHERE ARE THE BOUNDARIES? REFLECTIONS ON LATIN AMERICAN IDENTITY BASED ON THE ALEXANDER VON HUMBOLDT JOURNEY TO SPANISH AMERICA.

ABSTRACT

Alexander Von Humboldt's journey to Spanish America allows us to reflect about Latin American identity, starting from the category of the other. Humboldt's documents articulate the idea of space, established by the relation between population and territory, as well as by the view that its inhabitants and other travelers had about it. The mechanisms of differentiation allow us to reflect about the problem of the universal with the particular, and about the similar with the different. This is how America starts joining itself to global scenarios, from structured ideas from the opposition, influencing the delimitation of identity features for America and Europe.

Keywords: Humboldt, identity, journey, territory, population, otherness.

Recibido: 21 de noviembre de 2011.

Aceptado: 29 de abril de 2012.

* Becaria CONICYT, programa de Doctorado en Historia, P. Universidad Católica de Chile, paulacaffarena@gmail.com

INTRODUCCIÓN

La visita de Alexander Von Humboldt a la América española (1799-1804) está lejos de ser una anécdota en la historia de Europa y de América Latina. Puig-Samper ha planteado que dicho viaje fue para la ciencia europea

la gran síntesis de los conocimientos que por entonces se tenían del Nuevo Mundo, así como el nacimiento de la geografía moderna, de algunas subdisciplinas como la geografía botánica y un gran avance en geología, botánica, antropología, arqueología, etc., combinando de este modo el conocimiento enciclopédico con el avance especializado (Puig-Samper, 2004: 1).

Sus descripciones del espacio americano muestran que las relaciones que se establecen entre población y territorio pueden ser un punto de partida interesante en los análisis sobre identidad latinoamericana. Para esclarecerlos, nos interesa el modo en que Humboldt percibió la categoría *del otro* y por medio de ella, cómo se fue significando el espacio latinoamericano. Junto a ello, pondremos atención en las imágenes construidas que fueron entregando contenidos a la idea *del otro*, influyendo en la delimitación de rasgos identitarios. Y finalmente, en los referentes teóricos incorporados en la obra de Humboldt.

1. HUMBOLDT Y LOS AMERICANOS

Alexander von Humboldt incluyó en sus relatos distintas referencias a la población que habitaba América a principios del siglo XIX. El contacto que el científico tuvo con la población nativa, con los criollos y con las autoridades de América fue recurrente y le permitió tener un conocimiento más directo de la realidad americana. Las autoridades, por un lado, fueron fundamentales en su ingreso al territorio y en el desarrollo de sus objetivos científicos. Los indígenas, por otro, permitieron que se realizaran las expediciones gracias al conocimiento que ellos tenían del territorio y del comportamiento de la naturaleza. De este modo, “a diferencia de otros científicos, su viaje fue fundamentalmente terrestre, de tal manera que, necesariamente, hubo de convivir por largo tiempo con los americanos. Esto le permitió, como escribió, obtener un conocimiento bastante exacto de las circunstancias locales [...]” (Sagredo, 2004: 72).

Las noticias sobre los habitantes con que se encontraba ponen en evidencia la valoración que en aquel entonces se hacía de ellos. Sabemos que el problema de cómo se ha considerado a la población aborígen americana tiene una larga historia, donde las valoraciones han dependido de las miradas globales sobre la estructura de la humanidad. En este sentido, Humboldt precisaba que sus estudios eran parte de un cambio de mirada y siguiendo la tradición inaugurada por Buffon y De Pauw, confió en pruebas más amplias que solo las escritas.¹ Más aún, si bien los

1 Cornelius de Pauw desempeñó un papel decisivo en conectar una crítica de las fuentes a la búsqueda de nuevas formas de pruebas y metodologías. Buscaba conectar el pasado de la naturaleza con el de la hu-

nuevos relatos del siglo XVIII ya habían comenzado a criticar los errores de percepción a los que inducían las analogías clásicas simplistas, fue a inicios del siglo XIX que viajeros como Humboldt rechazaron el uso de las analogías clásicas y comenzaron a ofrecer otras nuevas² (Cañizares Esguerra, 2007). Al respecto señalaba que “mis investigaciones sobre los pueblos indígenas de América aparecen en una época donde no se mira como indigno de atención todo lo que se aleja del estilo de los griegos, quienes nos han dejado inimitables modelos” (Humboldt, 1816).

Sus primeras impresiones sobre la población daban cuenta de una imagen pesimista de la dominación española en América. El estado de envilecimiento de los nativos producto de una larga tiranía contrastaba con la superioridad con que los españoles vivían (Humboldt, 1859). De este modo, indicaba que “los indios constituyen la clase humana más pobre y más aplastada, y un mal gobierno como el de aquí, aplasta lo más pesadamente a la clase más pobre e indefensa” (Humboldt, 1859). De todas maneras, estas apreciaciones deben ser entendidas en el marco general de su obra, pues Humboldt difundió una imagen positiva de las colonias españolas, describiendo las maravillas de la naturaleza y dejando a un lado aquella “leyenda negra” construida en torno a la dominación española. “Indirectamente argumentaba en contra de la idea de la supuesta inferioridad de América, tan vigente en aquella época” (Rebok, 2003).

Sin duda, España fue un referente permanente en las consideraciones sobre la población y en cómo se fue definiendo la identidad de la América española, puesto que el encuentro de estos dos mundos implicó un proceso de diferenciación entre *ellos* y *nosotros*. El modo en que se fue conformando la idea *del otro*, los contenidos y el significado que se le otorgó, situaron a España y a Europa como referentes principales. Recordemos que “en la discusión de lo que es la identidad de una nación, de un país, de una persona, siempre hay otro en relación al cual uno se delimita y se define [...]” (Larraín, 1995: 38).

Siguiendo a Peter Burke (2001), la conformación de visiones *del otro* debe pensarse a partir de la complejidad que estas significan, dado que “cuando se produce un encuentro entre culturas distintas, lo más probable es que las imágenes que una hace de otra sean estereotipadas [...]. El estereotipo no puede ser completamente falso, pero a menudo exagera determinados elementos de la realidad y omite otros” (2001: 158). Los estereotipos formados fueron físicos, intelectuales y culturales, poniendo en evidencia las preconcepciones y estructuras de pensamiento que condicionaron las valoraciones. Las observaciones de los viajeros europeos se construyeron en función de unos parámetros culturales que les eran propios, lo que implicó que el modo en que el pensamiento europeo occidental se enfrentó a lo diverso,

manidad. Como Buffon, de Pauw describió a los amerindios y criollos como degenerados y amanerados, contribuyendo a la difusión de imágenes negativas de América. Vs. Cañizares Esguerra, 2007.

2 El uso de analogías clásicas para interpretar los sistemas amerindios, caracterizó la historiografía española de los siglos XVI y XVII. William Robertson, en su *History of America*, rechazó el uso promiscuo de dichas analogías.

tendió a la homogeneización en desmedro de las particularidades. Los retratos e historias que se presentaban de la población ponderaron excesivamente la similitud y la creencia en aquella similitud física que significó también una similitud en términos culturales. Humboldt (1859) señalaba:

El europeo, al formar juicio de la grande semejanza de las castas de piel muy atezada, está expuesto a una ilusión que le es peculiar; porque se halla sorprendido a la vista de un color tan diferente del nuestro, y la uniformidad de aquel colorido desvanece por mucho tiempo a sus ojos la diferencia de las facciones individuales (Humboldt, 1859: 94).

El científico alemán puso en el centro de la discusión el problema de cómo se habían ido generalizado las apreciaciones sobre la población nativa, enfatizando que “si se reflexiona más detenidamente sobre este aire de familia, cuando se vive algún tiempo entre los indígenas de la América, solo han podido observar algunos individuos en las costas, han ponderado infinito la analogía de figura en la raza americana” (Humboldt, 1859). De todos modos, en sus textos coexisten observaciones que puntualizan lo particular junto a criterios que tienden a la generalización. Por ejemplo, señalaba que “los americanos están dotados por la naturaleza de una amenidad y suavidad de costumbres que toca en mollicie, así como la energía de algunas naciones europeas degenera fácilmente en dureza” (Humboldt, 1859).

2. IMÁGENES

Si bien los estereotipos predominan, ello no significó que se hayan conformado imágenes falsas. Más bien, a partir de algunos rasgos observados, se establecieron criterios físicos y culturales comunes para toda la América española, los cuales se difundieron a través de las imágenes visuales llegadas al mundo europeo. No olvidemos que estas influyen en nuestra percepción del mundo y que poseen gran eficacia en la descripción y difusión de una situación. De este modo, las ilustraciones, ya sea referidas al medio natural o a la población, se vuelven documentos privilegiados para el análisis del problema de la identidad, puesto que junto con significar la idea *del otro* nos permiten observar cómo opera el proceso de percepción. Este, influido por nuestras categorías de pensamiento, es fundamental para comprender cómo un científico del siglo XIX vio y luego representó un espacio cultural que le era desigual. En ellas, “lo visto se une con lo oído y con lo leído; lo no sabido con lo presabido o con saberes accesibles; el ojo y el oído se entrelazan con el fin de eliminar del mapa definitivo los vacíos de lo desconocido, aun cuando no lo hagan totalmente” (Ette, 2001: 11).

En este sentido, es importante precisar que el modo en que el observador se enfrenta a una cultura puede adquirir formas distintas. Peter Burke (2007) ha señalado que:

en el caso de los grupos que se enfrentan a otras culturas, se producen una y otra vez dos reacciones contrapuestas. Una es negar o ignorar la distancia cultural, asimilar a los otros a nosotros o a nuestros vecinos, mediante la utilización de

la analogía, tanto si el empleo de ésta es consciente como si es inconsciente. El otro es visto como el reflejo del yo [...]. La segunda respuesta es justamente la contraria de la anterior. Consiste en la invención consciente o inconsciente de otra cultura puesta a la propia. De ese modo, convertimos en *otros* a nuestros congéneres (Burke, 2001: 155).

Si seguimos esta línea de análisis, cabe preguntarse hasta qué punto las representaciones sobre América, en tanto espacio de *lo otro*, responden a un intento de asimilación por medio de analogías al mundo conocido, o bien, en sentido inverso, construir una imagen del otro opuesta a la propia.

Si observamos la lámina *El Chimborazo visto desde la meseta de Tapia*, nos enfrentamos a la representación de una colosal montaña con grandes cantidades de nieve, lo que, a juicio de Humboldt, constituía un admirable espectáculo. En relación a ello, explicaba su intención de “dar una idea precisa del imponente aspecto de las cordilleras” (Humboldt, 1816:105). Sin embargo, junto a ello, no podemos pasar por alto los demás componentes que articulan dicha ilustración: la flora, la fauna y las personas que residían allí. Esto nos parece significativo en la medida que la población fue ilustrada como parte de un paisaje, es decir, incorporada en las obras de Humboldt como un elemento más que configuraba el espacio americano.



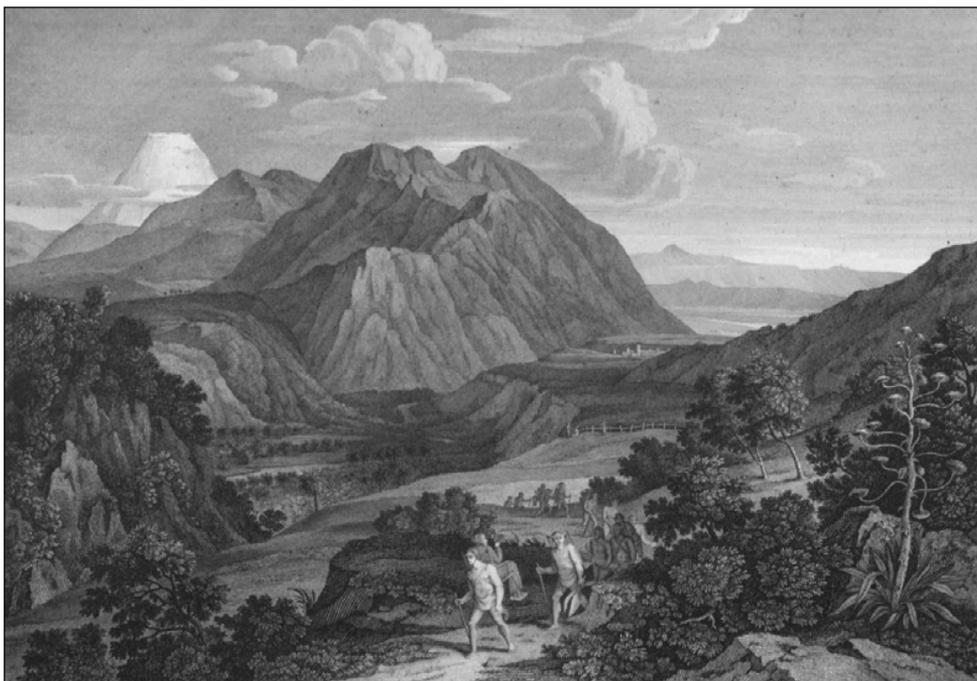
El Chimborazo visto desde la meseta de Tapia. Alexander Von Humboldt, 1816.

Junto a lo anterior, es relevante observar la imagen “Paso de Quindío en la Cordillera de los Andes”, incluida en *Vue de cordillères et de monuments de peuples indigènes de l’Amérique*, pues vemos cómo se alude a los rasgos culturales de los americanos que tanto

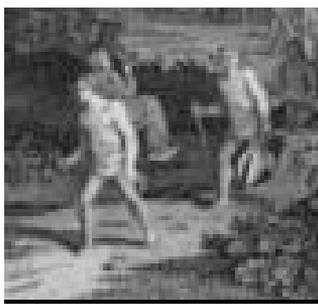
llamaron la atención del científico. La ilustración seleccionada retrata el oficio de carguero que se realizaba en la cordillera de los Andes, el cual consistía en el transporte de personas por quienes habitaban en las cercanías del lugar. Las palabras que Humboldt dedicó a esta lámina evidencian el asombro que le causó esta actividad realizada por nativos, mestizos y blancos, quienes cargaban entre 70 a 80 kilogramos en promedio.

Apenas se concibe cómo eligen voluntariamente este oficio los jóvenes más robustos que viven al pie de esta montaña sin que los amedrente la enorme fatiga que les ocasiona una marcha de ocho o nueve horas diarias por este país montañoso, ni los destrozos que hace en sus espaldas el rudo trabajo propio de bestias [...] (Humboldt, 1816: 77).

Vemos en la imagen la descripción de un espacio más que la representación de un paisaje o de un oficio particular, dado que el interés radica en las interrelaciones que se producen entre territorio y población. Junto a ello, la representación de este espacio es también una representación del científico mismo, en la medida que están presentes sus criterios de selección, en definitiva, su propio proceso de percepción.



Paso de Quindío en la Cordillera de los Andes. A. Von Humboldt, 1810.



Detalle que muestra el oficio de carguero.

Tanto la imagen como las palabras de Humboldt nos conducen a reflexionar sobre las visiones *del otro* que aquí aparecen vinculadas a las diferencias. Se ilustra una situación opuesta a la concepción de hombre que prevalecía a principios del siglo XIX. Recordemos que la condición humana se vinculaba al despliegue de la razón y no a los trabajos relacionados con la exigencia física. La valoración que Humboldt hizo de dicho oficio ratifica esta distancia, puesto que para él el trabajo que estos hombres realizaban era propio de bestias. Señalaba que en aquellos lugares “se oye decir andar en carguero como quien dice ir a caballo, sin que por esto se crea humillante el oficio de carguero” (Humboldt, 1816: 76).

Ahora bien, es interesante cómo, a partir de las imágenes, se van formando estereotipos, dado que a través de la exageración de ciertos oficios y rasgos físicos se generalizaron visiones que acentuaron el estado primitivo en que se desarrollaban estas culturas. Humboldt decía

Los caribes son el pueblo más fuerte y más musculoso que he visto nunca; ellos solos contradicen las divagaciones de Raynal y de Pauw acerca de la debilidad y la degeneración de la especie humana en el nuevo mundo. Un Caribe adulto parece un Hércules fundido de bronce (Humboldt, 1816: 178).

Pensamos que a partir de estas ilustraciones se fueron construyendo significados de lo americano, en la medida que se conformó una figura de los nativos fundada en la generalización, y por ello conducente a la difusión de una imagen estereotipada. Burke (2001) ha planteado que “las imágenes europeas de los indios americanos eran a menudo compuestas, utilizando rasgos de indios de otras regiones para crear una imagen global simple” (Burke, 2001: 158).

3. LOS OTROS

Ya hemos señalado que la conformación de estereotipos y el modo de pensar *al otro* se constituyen en función de parámetros culturales predeterminados. Las valoraciones de viajeros como Humboldt formaban parte de lo que su propio esquema de pensamiento les permitía pen-

sar y, por ello, lo distinto fue entendido a partir de lo opuesto y no de categorías completamente ajenas. En este sentido, hubo marcos de referencia que sustentaron las visiones construidas sobre América. Recordemos que en general “los indios eran identificados con los bárbaros del mundo antiguo, más familiares para el artista y su público que los pueblos originarios de las Américas” (Burke, 2001: 157).

Las visiones que se construyeron sobre *los otros* americanos³ estuvieron influenciadas por una visión de hombre propia de los siglos XVIII y XIX. Esta, fundada en la confianza de la capacidad racional de la humanidad, implicó valorar en función de los grados de desarrollo cultural. Los europeos, por ejemplo, para diferenciarse del mundo que aún no alcanzaba el nivel de progreso de la Europa occidental, utilizaron conceptos como el de superioridad e inferioridad, lo cual les permitió ubicar al mundo indígena, mestizo y criollo, en escenarios para ellos universales. De este modo, el orden que se instauraba ponía a la civilización europea occidental a la cabeza y en un puesto inferior al mundo americano. Esta interpretación histórica homogénea de la humanidad, basada en el supuesto de la existencia de un modelo cultural único, establecía que todas las sociedades debían seguir los mismos procesos para alcanzar la civilización.

Las relaciones que podemos proyectar nos señalan que la problemática de los referentes que influyeron en las visiones sobre América, y específicamente en términos de la población, deben pensarse en una doble dimensión. Por una parte, los marcos europeos occidentales, y por otra, los marcos propiamente españoles. No solo las visiones sobre el mundo indígena se encontraban influidas por los contenidos que en ese momento tenía el concepto de civilización, sino que la visión que se tenía de la población criolla estaba vinculada a las valoraciones que el mundo europeo no español hacía sobre España.

[...] esa ignorancia que el orgullo europeo se complace en echar en cara a los criollos, no es efecto del clima o falta de energía moral; sino que en la parte donde todavía se advierte esa ignorancia, debe atribuirse al aislamiento y falta de buenas instituciones sociales en que tienen a las colonias (Humboldt, 1859: 160).

Los tres siglos de relaciones coloniales y el relativo desconocimiento de los europeos sobre estos espacios incidieron en que se transplantaran determinadas formas de jerarquía social y cultural. En España, la figura *del otro* se significó según los marcos propios de su historia nacional. El reconocimiento de musulmanes y judíos implicaba que las diferencias eran comprendidas desde la superioridad de lo español por sobre las otras culturas.

Es claro que en un país gobernado por los blancos, las familias que se cree tienen menos porción de sangre negra o mulata, son naturalmente las más honradas. En España es una especie de título de nobleza el no descender ni de judíos ni de mo-

3 Es importante precisar que cuando nos referimos a *los otros* americanos no solo aludimos al mundo indígena, sino también a los mestizos y criollos que poblaban América.

ros; en América, la piel más o menos blanca decide la clase que ocupa el hombre en la sociedad (Humboldt, 1859: 175).

Pensamos que los referentes y dinámicas mencionadas forman parte de la estructura del pensamiento y subyacen la metodología e intenciones del autor, pues en palabras de Todorov (1982), “proyectamos sobre los seres recientemente descubiertos imágenes e ideas que se refieren a otras poblaciones lejanas” (Todorov, 2003: 14). La categoría *del otro* que ocupó la población latinoamericana, fue pensada a partir de los contenidos que dicho concepto tenía precedentemente, es por ello que vemos en estas analogías, un ejemplo de la importancia que tuvieron las preconcepciones en la significación de las sociedades americanas.

Estas interpretaciones permitieron ordenar los procesos históricos y culturales a partir de esquemas etnocéntricos, estableciendo el lugar que cada sociedad ocupaba en las líneas de desarrollo seguidas por la civilización europeo occidental. Llama la atención el intento por incorporar *al otro* a las dinámicas propias, sobre todo porque esta asimilación no implicó un esfuerzo por transformar al *otro* en *nosotros*, sino por el contrario, la figura del *otro* se transformó en un elemento que reforzó las identidades europeas a través de la diferenciación.

Las referencias del naturalista a lo universal debemos entenderlas a partir de la visión holística y sistémica de la realidad que subyace sus escritos. Pensar el mundo de aquel modo implicaba reflexionar en torno a los mecanismos que permitían el funcionamiento de las cosas y en la correcta ponderación de lo diverso dentro de la unidad general que representaban los fenómenos. Es por ello sintomático que existiera un interés por investigar las causas que más habían influido en el estado y en los progresos de la población, dado que aquello se conformaba en una vía que permitía advertir las lógicas que explicaban el funcionamiento de las sociedades. Desde esta perspectiva, *Lo otro* americano tuvo también una dimensión territorial. En tanto la influencia del espacio geográfico en el desarrollo humano fue una preocupación central para Humboldt:

No podríamos dudar que el clima, la configuración del suelo y la fisonomía de vegetales, el aspecto de una naturaleza risueña o salvaje, no influencia el progreso de las artes y en el estilo que distingue sus producciones. Esta influencia es más sensible cuando el hombre está más alejado de la civilización (Humboldt, 1816: 48).

No solo la cultura se veía condicionada por la geografía, sino también la naturaleza humana en términos biológicos. “En los países muy calientes, pero al mismo tiempo secos, la especie humana goza acaso de más larga vida que la que observamos en las zonas templadas y en todas partes en donde la temperatura y el clima son variables con exceso” (Humboldt, 1859: 51). La geografía ayudó a explicar algunos elementos de este gran escenario que era América, sin embargo, diversos estudios bibliográficos han precisado que el naturalista “no es un materialista vulgar, que considera el ‘clima’ o el conjunto de los factores externos, como la causa de que un pueblo produzca determinadas obras de arte o tenga un concepto específico a propósito del tiempo o del espacio” (Labastida, 1999: 131). Por el contrario, señalaba que a

pesar de la permanencia de determinadas condiciones geográficas, los pueblos no tienen la misma mentalidad ni producen las mismas formas culturales de otros tiempos.

No hay un determinismo geográfico en el pensamiento de Humboldt, sino más bien cierto condicionamiento en la conformación de determinadas formas culturales. Este matiz que observamos en sus reflexiones se condice con aquella visión de conjunto que hemos planteado anteriormente, pues está siempre presente la necesidad de observar el conjunto más que lo particular, es decir, reconocer la totalidad de factores que inciden en las características culturales de un pueblo determinado. Es relevante destacar que la desigualdad de condiciones dentro de la América española llamó profundamente la atención de Humboldt, quien señalaba que:

como en todas partes, ha derramado la naturaleza sus beneficios con desigualdad. Los hombres, desconociendo la sabiduría de esta distribución, saben aprovecharse poco de las riquezas que se les presentan. Reunidos en una pequeña extensión de terreno, en el centro del reino sobre el llano de la Cordillera misma, han dejado inhabitadas las regiones más fértiles y más inmediatas a las costas (Humboldt, 1859: 39).

Para él la desigualdad no solo estaba vinculada a la riqueza, sino también a los derechos y al color de la piel. Constató que “en todas las islas, los blancos se creen los más fuertes; porque les parece imposible toda simultaneidad por parte de los negros, y consideran como una cobardía toda mudanza y toda concesión hecha a la población sujeta a la servidumbre” (Humboldt, 1836:124). Esta forma de ordenar la sociedad se relaciona con la división de la humanidad en razas, tan frecuente durante el siglo XIX, y que acompañó siempre las reflexiones del científico. Al respecto indicaba que “las naciones de América, a excepción de aquellas que se acercan al círculo polar, forman una sola raza caracterizada por la conformación del cráneo, por el color de la piel, por la extrema rareza de la barba y por los cabellos lisos” (Humboldt, 1816: 21). En función de lo anterior, no debemos olvidar que las concepciones basadas en una división racial de la humanidad y los criterios de raza en general, “se han utilizado para señalar o reforzar las distinciones entre *nosotros* y *ellos*” (Hobsbawm, 2004: 74). Por tanto, estas imágenes raciales fueron fortaleciendo un sentido identitario en el mundo europeo, pues fueron precisando límites entre ambos mundos.

Por otra parte, comprender el mundo americano desde el concepto de raza nos ayuda a explicar la generalización de características físicas y culturales que también tomaron la forma de características morales homogéneas, pues “a la división del mundo en razas corresponde una división por cultura, igual de tajante” (Todorov, 2007: 117). Para nuestro autor, el significado del color de la piel no solo se vinculó con el lugar que se ocupaba en la sociedad, sino también con características propias que se estimaba poseían los indígenas. Al respecto indicaba que “[...] el carecer de deformidades naturales, es efecto de su género de vida, y de la constitución propia de su raza; todos los hombres de piel muy atezada, los de origen mongol y americano, y sobre todo los negros, disfrutaban de igual beneficio” (Humboldt, 1859:103). De todos modos, es importante precisar que Humboldt evitó y refutó algunas generalizaciones que habían sido

construidas sobre la población americana. “En sus escritos contrapuso a la imagen de América creada por Raynal, Robertson, Buffon, etc., una nueva percepción, en la que ofrece argumentos en contra de las visiones negativas. Humboldt formaría parte de la ‘disputa del Nuevo Mundo’ al criticar y refutar los reiterados prejuicios eurocéntricos tanto en el campo natural como moral” (Rebok, 2003: 4). Es por ello que intentó confeccionar un cuadro objetivo de los diversos grupos nativos que habitaban América, precisando las diferencias que existían entre los mismos.

Parece que desde luego se ve que todos descienden de un mismo tronco, a pesar de la enorme diferencia de idiomas que los separa. [...]. Los indígenas de la Nueva España tienen el color más atezado que los habitantes de los países más cálidos de la América meridional (Humboldt, 1859: 91).

En este punto, no podemos soslayar la importancia de los estudios de Alexander Von Humboldt sobre Oriente, puesto que con él “Oriente y no Roma se convirtió en el modelo preferido para interpretar el pasado de los grupos del altiplano de Mesoamérica y los Andes” (Cañizares Esguerra, 2007: 65). Si bien estas ideas no eran nuevas, Humboldt negó cualquier conexión racial entre asiáticos y americanos con Grecia y Roma⁴. Sin embargo, postuló elementos de continuidad entre ambos.

Si las lenguas no prueban que débilmente la antigua comunicación entre los dos mundos, esta comunicación se manifiesta de una manera indubitable en las cosmogonías, los monumentos, los jeroglíficos y las instituciones de los pueblos de América y de Asia (Humboldt, 1816: 31).

Oliver Lubrich (2002) ha señalado que Humboldt orientaliza a América por medio de numerosas metáforas estereotipadas, de comparaciones científicas y analogías económico-coloniales. Dicha orientalización, según sostenía Humboldt, consistía en vincular a asiáticos y amerindios “tanto racial como históricamente, cuyos mitos, calendarios e instituciones religiosas parecían haber surgido de orígenes comunes” (Cañizares Esguerra, 2007: 86). Esto cumplió un papel importante en la identidad latinoamericana, en la medida que se creó y reforzó una imagen que equiparó a América con Oriente, a la vez que diferenció a ambas regiones de la civilización europea. Miguel Ángel Puig Samper ha señalado que “quizá el viaje asiático no fue tan fructífero como el americano, pero dio a Humboldt la posibilidad de establecer mejor las comparaciones entre el Nuevo Mundo y el Viejo, y sobre todo de demostrar su idea de unidad de la Naturaleza, que perseguía desde hacía tantos años” (Puig Samper, 2004: 3).

Estas analogías con el mundo oriental nos parecen significativas porque nos muestran que lo americano fue pensado desde el concepto de *lo distinto*, cuyo contenido venía dado con

4 William Robertson y Cornelius De Pauw estaban convencidos de que los incas y aztecas no eran similares a los romanos. De Pauw en sus *Recherches sur les américains*, ya había escrito sobre los chinos. Vs. Cañizares Esguerra, 2007, p. 110.

anterioridad al descubrimiento. *Los otros* eran africanos y asiáticos. Por tanto, los europeos utilizaron esas mismas categorías para el mundo americano. Es así como la figura del *otro* se transformó en un elemento que reforzó las identidades europeas a través de la diferenciación.

Humboldt consideraba al universo como una realidad armónica, donde todas las partes se explicaban en función de un ordenamiento común. El análisis *del otro* permitía conciliar la problemática de la unidad frente a la diversidad, posibilitando la inserción de América en contextos universales. Permitía, también, definir identidades a través de los procesos de diferenciación, ya fuese en función del territorio o de la población. Es por ello que podemos señalar que el *otro* americano, al tiempo que era lo diverso, respondía al ordenamiento universal, pues permitió precisar el lugar que ocupaba la América española dentro del escenario global. A raíz de lo anterior, se comprende la conformación de imágenes de superioridad e inferioridad como principios ordenadores. La noción *del otro* se encuentra relacionada con un pensamiento etnocéntrico, convirtiéndose en un cristal con el cual se significó a la América Latina.

Vemos aquí un pensamiento articulado en función de lo opuesto. La identidad de la América española está asociada a la mirada europea, dibujando una línea divisoria entre *ellos* y *nosotros*. De todos modos, para el caso europeo el proceso adquiere características similares, puesto que “Europa se desplaza simbólicamente entre dos otredades, una oriental y otra americana” (Lubrich, 2002: 5).

CONCLUSIÓN

La trascendencia del viaje de Humboldt a América tiene una dimensión cultural e identitaria, vinculada a estereotipos y formas de pensar que viajeros como él difundieron. La mirada científica no se reduce a una árida descripción del entorno, pues contenía profundas reflexiones que demostraban el asombro y muchas veces la extrañeza que causaba lo distinto. Es por ello que nos parecen tan acertadas las palabras de Miguel Ángel Puig Samper cuando indica que “el regreso a Europa de Alexander Von Humboldt con sus dos compañeros, Aimé Bonpland y Carlos Montúfar, es un hecho que ha marcado la imagen de América en la memoria colectiva de los europeos” (Puig Samper, 2004: 2).

FUENTES

- Von Humboldt, Alexander.** 2006. *Mi viaje por el camino del Inca. (1801 - 1802)*. Antología. Edición y prólogo por David Yudilevich L. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- _____. 1859. *Ensayo político sobre Nueva España*. México: Nacional.
- _____. 1852. *Cosmos o ensayo de una descripción física del mundo*. Madrid: Imprenta de D. José Trujillo.

_____ 1836. *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. París: Librería de Lecointe.

_____ 1816. *Vue de cordillères et de monuments de peuples indigènes de l'Amérique*. Paris : Librairie grecque - latine - allemande.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Burke, Peter**. 2001. *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*. Serie Biblioteca de Bolsillo. Barcelona: Crítica.
- Cañizares Esguerra, Jorge**. 2007. *Cómo escribir la historia del nuevo mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ette, Ottmar**. 2001. *Literatura de viaje de Humboldt a Braudillard*, México: UNAM.
- Hobsbawm, Eric**. 2004. *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Labastida, Jaime**. 1999. *Humboldt: ciudadano universal*. Ed. Siglo XXI.
- Larraín, Jorge; Gissi, Jorge y Sepúlveda, Fidel**. 1995. *Cultura e Identidad en América Latina*. Santiago de Chile: Instituto chileno de estudios humanísticos ICHEH.
- Lubrich, Oliver**. 2002. "Egipcios por doquier. Alejandro de Humboldt y su visión 'orientalista' de América". En: **HN. Alexander von Humboldt Netz**, III, 5, Universidad Postdam.
- Puig-Samper, Miguel Ángel**. 2004. Presentación: Alexander Von Humboldt y La Nueva Imagen Científica de América. *Asclepio*, Vol. 56 (2), 2004. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), España.
- Rebok, Sandra**. 2003. La expedición americana de Alexander Von Humboldt y su contribución a la ciencia del siglo XIX. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 32 (3). Lima.
- Sagredo Baeza, Rafael y González Leiva, José Ignacio**. 2004. *La expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Todorov, Tzvetan**. 2007. *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI.
- _____. 2003. *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI.